

**«SERVIDORES DE VUESTRA ALEGRÍA» (2 Co 1,24).
LA TEOLOGÍA DEL MINISTERIO EN JOSEPH RATZINGER**

“SERVANTS OF YOUR HAPPINESS” (2 Cor 1:24)
THE THEOLOGY OF THE MINISTRY OF JOSEPH RATZINGER

Pablo Blanco¹

Universidad de Navarra. Navarra-España

Resumen

En el presente artículo se ofrecen algunas reflexiones de Joseph Ratzinger sobre el ministerio y el sacerdocio, el primado y la colegialidad y, por tanto, por los principios de la colegialidad y la sinodalidad. El teólogo alemán recuerda las simultáneas dimensiones vertical y horizontal –humana y divina– en la Iglesia. Junto a las irrenunciables apostolicidad y episcopalidad, recuerda Ratzinger las también esenciales instancias de la catolicidad y del ministerio petrino. Manifiesta asimismo la necesidad de predicar la Palabra, administrar los sacramentos y ejercitar el ministerio de pastorear la Iglesia. A su vez, relaciona el sacerdocio ministerial con el concepto de sacrificio. En fin, establece la continuidad entre Cristo, los apóstoles y sus sucesores y colaboradores, los presbíteros; por lo que se recuerda la prioridad de la dimensión ontológica-sacramental del orden sacerdotal, respecto a la meramente funcional.

Palabras clave: Ministerio, episcopado, primado, apostolicidad, sacerdocio.

Abstract

This article offers some of Joseph Ratzinger’s reflections on ministry and priesthood, the primate and the collegiate and, therefore, on collegiate and synod principles. The German theologian remembers the simultaneous vertical and horizontal dimensions – human and divine in the church. As well as the inherent apostolicity and episcopacy, Ratzinger remembers the also essential instances of Catholicity and of Petrine ministry. He also expresses the necessity of preaching the Word, administering the sacraments and ministering the Church. For his part, he relates priesthood ministe-

¹ Doctor en Teología. Profesor adjunto del Departamento de Teología Dogmática de la Universidad de Navarra. Pertenece a la *Joseph Ratzinger Papst Benedikt XVI Stiftung* de Ratisbona – Alemania. Correo electrónico: pblanco@unav.es

rial with the concept of sacrifice. Actually, he establishes continuity between Christ, the apostles and their successors and collaborators, and presbyters; through which we are reminded of the priority of the ontological-sacramental dimension of the priestly order, in terms of the merely functional one.

Keywords: Ministry, episcopate, primate, apostolicity, ministerial.

Introducción

El Año sacerdotal (2009-2010), recientemente concluido, y el sesenta aniversario de su ordenación sacerdotal (1951-2011) constituyen una buena ocasión para examinar brevemente algunas de las aportaciones del teólogo Ratzinger a la teología del ministerio². A propósito de la teología del autor alemán, Tura ha destacado «una constante atención pastoral y dialógica, tanto en los ensayos más sencillos como en las obras más especializadas»³. Sobre la mencionada dimensión pastoral, Verweyen señalaba que «en Joseph Ratzinger ha habido siempre un gran interés por la exactitud científica, íntimamente unida al deseo de llevar una existencia profundamente sacerdotal, como pocas veces se puede ver»⁴. Además, las sucesivas profundizaciones en los campos de la eclesiología y del ecumenismo le llevaron de

² Recogida en: *Künder des Wortes und diener eurer Freude. Theologie und Spiritualität des Weihesakramentes* (Gesammelte Schriften, 12 = JRGS 12), Herder, Freiburg – Basel – Wien 2010. Contiene los artículos: “Vom Wesem des Priestertums” (1991), “Das geistliche Amt und die Einheit der Kirche” (1963), “Die kirliche Lehre vom sacramentum ordinis” (1981), “Opfer, Sakrament und Priestertum in der Entwicklung der Kirche” (1972), “Der Priester als Mittler und Diener Jesu Christi im Licht der neutestamentlichen Botschaft” (1972), “Das Priestertum des Mannes – ein Verstoß gegen die Rechte der Frau?” (1977), “Grenzen kirlicher Vollmacht” (1994), “Zum Zölibat der katholischen Priester” (1977), *Demokratisierung der Kirche* (1970), “Der Bischof – Künder und Hüter des Glaubens” (2001), “Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes” (1968), “Der Priester im Umbruch der Zeit” (1969), “Das priestliche Amt” (1970), “Unser priestliche Dienst” (1979), “Aufbauen zu einem geistigen Haus” (1983), “Bereitung zum priestlichen Dienst” (1990), “Primat, Episkopat und Successio apostolic” (1961), “Die pastoralen Implikationen der Lehre von der Kollegialität der Bischöfe” (1965), “Bischof und Kirche” (1972), “Der Bischof ist ein Christusträger” (1977), “Der Auftrag des Bischofs und des Theologen angeichts der Probleme der Moral in unserer Zeit” (1984), *Diener eurer Freude* (1988) y otras homilias, meditaciones y breves artículos. Cuando exista traducción al castellano, citaremos esta.

³ R. TURA, “La teología de J. Ratzinger. Saggio introduttivo”, *Studia Patavina* (1974) 149-150.

⁴ H. VERWEYEN, *Joseph Ratzinger – Benedikt XVI. Die Entwicklung seines Denkens*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 2007, 22.

modo necesario a reflexionar sobre la teología del sacerdocio: «El trasfondo de la eucaristía y el clima sin embargo sereno de confrontación con los protestantes evidencian también un elemento constitutivo de la Iglesia: la presencia del ministerio eclesiástico como continuación de la misión de Cristo»⁵.

Sacramento

Sin ser tan solo un tema teológico, el autor alemán siempre se ha considerado sacerdote antes que teólogo, arzobispo y ahora papa. Por eso realizaremos, en primer lugar, una serie de referencias biográficas que podrían también tener su propio interés. En primer lugar, en lo que se refiere al momento de la recepción del diaconado: «A finales de octubre –recordaba el mismo Ratzinger– recibíamos el subdiaconado y, enseguida después, el diaconado. Comenzaba así la preparación más inmediata para la ordenación sacerdotal [...]. Estábamos de nuevo todos juntos en el seminario de Frisinga para ser iniciados en los aspectos prácticos del ministerio sacerdotal; consistían estas ocupaciones para prepararnos para la predicación y la catequesis»⁶. Se requerían muchas horas y mucha preparación para poder ser sacerdote, sobre todo en una sociedad donde todo se prepara a conciencia. Se conservan algunas de las homilias que predicó entonces el joven diácono, que denotan que esa preparación fue realizada a conciencia⁷.

⁵ R. TURA, "La teologia di J. Ratzinger. Saggio introduttivo", o.c., 171-172.

⁶ *Mi vida. Recuerdos 1927-1977*, Encuentro, Madrid 1997, 74. Sobre este tema puede verse: C. ROSELL DE ALMEIDA, "La espiritualidad sacerdotal en el pensamiento de Joseph Ratzinger", *Revista teológica limense* 43 (2009/3) 287-310.

⁷ La primera prédica es del 3 de diciembre de 1950, pronunciada a las siete y media, en la catedral de Frisinga ("Zu uns komme Dein Reich – eine Adventspredigt. 1. Probepredigt im Frisinger Dom am 3. Dezember 1950 um 7.30 Uhr"), *Mitteilungen Institut Papst Benedikt XVI*. Es una homilía de adviento, y comienza precisamente preguntando en qué consiste este tiempo de preparación de la navidad. «¿Está este mundo de verdad salvado, cuya resistencia a ser salvado se ve por todas partes, en todas las calles?»; Cf., *Ibidem*, 15. Acude entonces a la esperanza que da el nacimiento de Cristo y, después de citar a Agustín, repite una y otra vez: «venga a nosotros tu reino»; Cf., *Ibidem*, 16. También predicará otra a las siete de la mañana, en la iglesia del Espíritu santo, sobre la parábola de los trabajadores de la viña (Mt 20,1-16): "Das Gleichnis von den Arbeitern im Weinberg (Mt 20,1-16). 2. Probepredigt in Freising Heilig Geist am 21. Januar 1951 um 7 Uhr", *Ibidem*, 17-18. Llama sin embargo la atención que se dirigiera a un grupo de niños, poco después de la fiesta de

Un día inolvidable

La colaboración de sus compañeros de promoción y de sus propios hermanos hizo posible su preparación a la recepción del presbiterado, una vez terminado su trabajo sobre la eclesiología de san Agustín: «Me sentí feliz cuando por fin me vi libre de esta hermosa pero pesada carga y, al menos en los dos últimos meses, pude dedicarme enteramente a prepararme para dar el gran paso: la ordenación sacerdotal»⁸. Un día antes de ese importante momento, recibió la notificación de que había recibido el primer premio por su investigación. Así, por fin, el 29 de junio de 1951 Joseph era ordenado sacerdote por el cardenal Michael Faulhaber (1869-1952) en la catedral de Frisinga, a la edad de veinticuatro años. En una foto de la época se puede apreciar un gran número de candidatos, entre los que se encuentra su propio hermano Georg, junto con unos niños vestidos con el tradicional pantalón de cuero. Se conserva incluso una breve filmación en blanco y negro de ese momento en la que se ve una larga fila de ordenandos, mezclados con la alegría de la multitud⁹.

En un posterior momento, siendo ya papa, recordaba aquellos momentos inmediatamente anteriores a su ordenación: «En la vigilia de mi ordenación sacerdotal, hace cincuenta y ocho años, abrí la sagrada Escritura –recordaba de un modo muy agustiniano–, porque quería recibir aún una palabra del Señor, para ese día y para mi futuro camino de sacerdote. Mi mirada se detuvo en el pasaje: “Conságralos en la verdad; tu palabra es verdad”. Entonces supe que el Señor estaba hablando de mí y me estaba hablando a mí. Precisamente lo mismo me sucederá a mí mañana [pensé]. No somos consagrados en último término por medio de ritos, aunque los ritos sean necesarios. El baño en el que el Señor nos sumerge es él mismo: la verdad en Persona. La ordenación sacerdotal significa estar inmersos

san Jorge, en la que repite una y otra vez que el soldado Jorge más que matar dragones que vomitaban fuego, lo que hizo cada día fue matar a los “dragones” de la pereza, del egoísmo y de las tentaciones del demonio. Aludiendo a las palabras de Jesús (Mc 8,32-34), repite como un estribillo a lo largo de toda la homilía: *Weg Satan!*, «apártate de mí, Satanás» («Der heilige Georg. 3. Probepredigt (Kinderpredigt) in Freising in der Knabenschule am 29. April 1951»; Cf., *Ibidem*, 19-20).

⁸ “Homilía en la misa crismal”, Roma (9.4.2009).

⁹ Cf. J. CHÉLINI, *Benedicto XVI, heredero del concilio*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2008, 72.

en él, en la Verdad. Le pertenezco de una nueva forma a él y a los demás, “para que venga su reino”»¹⁰. La verdad y el amor, íntimamente unidos en la persona de Jesucristo, son ofrecidos en el momento de la ordenación, con la identificación sacramental con Jesucristo-cabeza que se obra en ese momento.

La ordenación sacerdotal se realizó según el antiguo rito entonces vigente, si bien Pío XII había introducido ya algunas modificaciones. Tras la primera lectura bíblica de la misa, el cardenal Faulhaber se sentó en una sede situada ante el altar. Los ordenandos pasaron ante él, ya casi revestidos del todo y con un cirio encendido en la mano derecha. Tras la aprobación de los candidatos por parte de los superiores del seminario, el cardenal les pidió que fueran «perfectos en la fe y en las obras... bien apoyados en el amor a Dios y al prójimo». Joseph se postró junto a todos los demás candidatos en el suelo, poniendo los brazos abiertos en cruz, mientras el coro entonaba la letanía de los santos. Pedían a la Iglesia celestial por los nuevos sacerdotes¹¹. Se le agolparían en el recuerdo al joven ordenando todos esos santos a los que tenía especial devoción: junto a los venerables Agustín, Tomás y Buenaventura, los evangelizadores alemanes Bonifacio y Corbiniano, y toda una larga serie de «pequeños» santos: el portero de Altötting Conrado de Parzham –al que conoció personalmente–, el Cura de Ars, Bernardette Soubirous, Teresa de Lisieux, Edith Stein, Maximiliano Kolbe...¹².

Tras imponerle la estola y la casulla –símbolos de la obediencia y la caridad–, los nuevos sacerdotes recibieron la unción con óleo en las manos. «Dígnate, Señor, a consagrar estas manos por obra de esta unción y de nuestra bendición», decía el arzobispo para acompañar el gesto. Sus manos ya estaban consagradas para el servicio del altar. Después le entregaron el cáliz y la patena, con lo que quedaba destinado como sacerdote para la Eucaristía, y la celebración de la misa siguió adelante con normalidad. Tras la comunión, el cardenal Faulhaber impuso las manos de nuevo sobre el nuevo sacerdote, y pronunció una nueva invocación: «Recibe el Espíritu santo: que los pecados que deban perdonar sean perdonados; que los pe-

¹⁰ “Homilia en la misa crismal”, Roma (9.4.2009).

¹¹ Cf. G. WEIGEL, *Testigo de esperanza. Biografía de Juan Pablo II*, Plaza & Janés, Barcelona 1999, 119.

¹² Cf. F. DERWAHL, *Der mit dem Fahrrad und der mit dem Alfa kam. Benedikt XVI. Und Hans Küng - ein Doppelportrait*, Pattloch, München 2006, 31.

cados que debas retener sean retenidos». También recibía en ese momento el poder de Jesucristo de perdonar los pecados. El beso de la paz (que se intercambiaba en ese momento) y un última bendición recibida daban por terminada la ordenación¹³. A partir de ese momento, ya era sacerdote para siempre.

Sacerdos in aeternum

Ratzinger recordaba además de un modo especial uno de los gestos señalados, que tenían lugar en la celebración del rito de la ordenación sacerdotal: «Después de la unción –recordaba–, eran atadas las manos y, con las manos unidas, se cogía el cáliz. Al tomarlo en mis manos, me vino a la memoria la pregunta de Jesús a los hermanos Juan y Santiago: “¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?” (Mc 10,38). El cáliz eucarístico, centro de la vida sacerdotal, recuerda siempre estas palabras. Y después las manos unidas, ungidos con el óleo mesiánico del crisma. Las manos son expresión de nuestra propia disposición, de nuestra capacidad. Con ellas podemos agarrar, tomar posesión de algo, defendernos. Las manos atadas son expresión de falta de poder, de la renuncia al poder. Están en sus manos, están puestas en el cáliz. Se podría decir que con esto se expresa que, sencillamente, la Eucaristía es el centro de la vida sacerdotal»¹⁴. Sacerdote-para-la Eucaristía. Ahora esas manos habían adquirido un nuevo y sublime significado, al ser capaces de convertir y ofrecer el cuerpo de Cristo.

Además, muchos años más tarde de la celebración de la ordenación sacerdotal, recordaba de modo especial otros dos gestos. «La catedral siempre –decía en 2010, ya siendo Benedicto XVI– fue el centro de nuestra vida, como también en el seminario; éramos una familia y fue el padre Höck quien hizo de nosotros una verdadera familia. La catedral era el centro y lo ha seguido siendo para toda la vida en el día inolvidable de la ordenación sacerdotal. Son tres los momentos que se me quedaron particularmente grabados, recapitula ahora. Ante todo, en primer lugar, el estar tumbados por tierra durante las letanías de los santos. Estando postrados en tierra,

¹³ Cf. G. WEIGEL, *Testigo de esperanza*, o.c., 120.

¹⁴ Diener eurer Freude. Meditationen über die priestliche Spiritualität, Herder, Freiburg 1988, 36.

uno se hace consciente una vez más de la propia pobreza y se pregunta: “¿de verdad soy capaz de esto?” Y al mismo tiempo resuenan los nombres de todos los santos de la historia y la imploración de los fieles: “Escúchanos, ayúdales”. Crece así la conciencia: “sí, soy débil e incapaz, pero no estoy solo: hay otros conmigo, la entera comunidad de los santos está conmigo, ellos me acompañan y, por tanto, puedo recorrer este camino y ser compañero y guía para los demás. Prosigue: “El segundo [recuerdo], la imposición de las manos por parte del anciano, venerable cardenal Faulhaber –me impuso a mí y a todos nosotros, las manos de un modo profundo e intenso– y la conciencia de que es el Señor el que pone sus manos sobre mí y me dice: “me perteneces a mí; no te perteneces simplemente a ti mismo, te quiero, estás a mi servicio”; pero también la conciencia de que esta imposición de las manos es una gracia, que no crea sólo obligaciones, sino que es sobre todo un don, que él está conmigo y que su amor me protege y me acompaña. Además estaba aún [vigente] el rito antiguo, en el que el poder de redimir los pecados se confería en un momento aparte, que iniciaba cuando el obispo decía, con las palabras del Señor: “Ya no os llamo siervos, sino amigos”. Y sabía –sabíamos– que esto no es solo una cita de Juan 15, sino una palabra actual que el Señor me está dirigiendo ahora. “Él me acepta como amigo; estoy en esta relación de amistad; él me ha dado su confianza, y en esta amistad puedo trabajar y hacer otros amigos de Cristo”¹⁵.

2. Apostolicidad

Tras estos recuerdos biográficos, pasemos a la reflexión teológica que ha

¹⁵ “Discurso a las autoridades y los ciudadanos de Frisinga”, Roma (16.10.2010). Se conserva también otro detalle simbólico. «Era un espléndido día de verano –recordaba también el mismo Ratzinger–, que permanece en mi memoria como el día más importante de mi vida. No es bueno ser supersticioso pero, en el momento en que el anciano arzobispo [Faulhaber] impuso sus manos sobre las mías, un pájaro –tal vez una alondra– voló sobre el altar mayor de la catedral y entonó un canto gozoso. Fue para mí como si una voz de lo alto me dijese: “vas bien así, vas por buen camino”»; Cf., *Mi vida*, o.c., 75. Después de todas las dudas y vacilaciones en que pareció estar sumido el joven ordenando, aquel momento y lo que significaba pareció llenarle de paz. En la filmación en blanco y negro de aquel día, se ve la larga procesión de candidatos al sacerdocio recibe la ordenación sacerdotal de manos del arzobispo Faulhaber, ante la alegría y la admiración de toda una multitud reunida en la catedral de la vieja ciudad junto al Isar. «Era el día más importante de mi vida»; Cf., P. SEEWALD, *Una vida para la Iglesia*, Palabra, Madrid 2007, 56, concluye Ratzinger.

realizado Joseph Ratzinger sobre el ministerio y el sacerdocio, que ha juzgar por el número de intervenciones constituye una de sus claras prioridades teológicas. En coherencia con su propia eclesiología, los sacramentos (el bautismo, la Eucaristía y el orden, sobre todo) y el ministerio sacerdotal ocupan un lugar central en su visión teológica¹⁶. La Iglesia está fundada sobre Cristo, pero ha sido él mismo quien ha establecido a los apóstoles como un segundo fundamento, recuerda Ratzinger una y otra vez en sus escritos. La apostolicidad es una nota de la Iglesia y una condición estructural de ella. Desde su eclesiología y su teología ecuménica, el teólogo Ratzinger a la inevitable teología de la apostolicidad y del ministerio. El entonces joven perito conciliar se había ocupado por extenso de la colegialidad de los apóstoles en la Escritura y en la Iglesia antigua. Ya en un artículo publicado en 1965 en el primer número de *Concilium*¹⁷, explicaba cómo todo obispo debe mostrar la *koinonía* con sus hermanos en el episcopado que experimentó el mismo día de su ordenación, al ser consagrado por al menos tres obispos: «El redescubrimiento del concepto de colegialidad por la teología y por la Iglesia congregada en el concilio supone ciertamente un gran avance, porque nos hace ver de nuevo la estructura fundamental de la Iglesia –todavía indivisa– de la época de los Padres»¹⁸.

Colegialidad y sinodalidad

Este principio de la colegialidad tiene su complemento real en el primado petrino, como recuerda una y otra vez Ratzinger a lo largo de sus escritos como teólogo. La colegialidad episcopal: «significa que, dentro de la red de iglesias que comulgan entre sí y con las que se edifica la única Iglesia de Dios, hay un punto fijo obligatorio: la *sedes romana*, a la que debe orientarse la unidad de fe y comunión»¹⁹. Estos dos principios eclesiológicos del primado y del episcopado coexisten en todo momento en la eclesiología de

¹⁶ Cf. R. TURA, "La teologia di J. Ratzinger. Saggio introduttivo", o.c., 171.

¹⁷ "Die pastoralen Implikationen der Lehre von der Kollegialität der Bischöfe", *Concilium* 1 (1965) 16-29; recogido en *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Herder, Barcelona 1972, 225-275.

¹⁸ *Ibidem*, 235.

¹⁹ *Ibidem*, 236.

Ratzinger²⁰. Como resultado de la eclesiología eucarística propuesta entre otros teólogos por Ratzinger, la forma colegial no será tan solo fundamental para la estructura jerárquica de la Iglesia, sino también –por así decirlo– como condición fundamental para garantizar a la vez la unidad y la diversidad: «Como resultado de esta eclesiología eucarística –afirma Heim, en su extenso estudio sobre la eclesiología ratzingeriana–, la forma colegial no es tan solo fundamental para la estructura jerárquica de la Iglesia, sino también –por así decirlo– por la condición fundamental de la unidad y la multiplicidad en la Iglesia»²¹. Este principio de la colegialidad garantiza tanto la unidad como la continuidad y la diversidad tiempo. La cuestión resuelta será por tanto cómo cabe tal pluralidad en la estructura eclesial.

Según Ratzinger así debe ser, siempre y cuando esta diversidad se resuelva en la unidad. Afrontaba así las críticas dirigidas a la Iglesia desde instancias políticas o ideológicas. En un texto de 1970 titulado *¿Democracia en la Iglesia?*²², un profesor Ratzinger recién llegado a Ratisbona se preguntaba si la estructura democrática era la que mejor se adaptaba al principio de la colegialidad antes estudiado. Se cuestionaba así en primer lugar si los conceptos de libertad, democracia y manipulación presentan el mismo valor ante la autoridad civil y la eclesiástica: «Mientras que el interés en el Estado y en su bienestar se identifica en gran parte con el interés de las instituciones, el fin de la Iglesia –bien entendido– no apunta en primer lugar a sí misma, sino a aquello por y para lo que existe: por decirlo

²⁰ Cf. T. WEILER, Volk Gottes-Leib Christi: die Ekklesiologie Joseph Ratzingers und ihr Einfluß auf das Zweite Vatikanische Konzil, Grünewald, Mainz 1997, 146-148, 166-272, 333-345.

²¹ Cf. M. H. HEIM, Joseph Ratzinger. Life in the Church and living theology. Fundamentals of Ecclesiology with Reference to Lumen gentium, Ignatius Press, San Francisco 2007, 460. Sobre la relación entre episcopado y primado, puede verse: T. WEILER, Volk Gottes-Leib Christi, o.c., 121-133; Z. GACZYNSKI, L'eclesiologia eucaristica di Yves Congar, di Joseph Ratzinger e di Bruno Forte, Pontificia Universitas Gregoriana, Roma 1998, 127-129; P. MARTUCCELLI, "Forme concrete di collegialità episcopale nel pensiero di Joseph Ratzinger", Rassegna di teologia 50 (2009) 7-24; M. M. SURD, Ekklesiologie und Ökumenismus bei Joseph Ratzinger: Einheit im Glauben - Voraussetzung der Einheit der Christenheit, EOS, Sankt Ottilien 2009, 63-64; S. MADRIGAL, Iglesia es caritas? La eclesiología teológica de Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, Sal Terrae, Santander 2008, 225-226, 249-275; G. MANNION, "Liturgy, catechesis and evangelisation", en: L. BOEVE - G. MANNION (eds), The Ratzinger Reader: Mapping a Theological Journey, T&T Clark, London 2010 246-251; Id. "Teaching and authority: Dimensions of magisterium", o.c., 187-201.

²² J. RATZINGER - H. MAIER, "Demokratisierung der Kirche?", en: JRGS 12, pp. 159-186; tr. cast.: *¿Democracia en la Iglesia?*, San Pablo, Madrid 2005.

con palabras de la *Confesión de Augsburgo*, su misión es anunciar la palabra de Dios en toda su pureza y sin falsedad, y celebrar rectamente el culto divino (cf. CA VII, 1). La cuestión de los cargos y la autoridad es importante sólo en la medida en que suponen una condición previa para esto. Dicho de otra manera: el interés de la Iglesia no lo constituye ella misma, sino el evangelio»²³.

La apostolicidad y el episcopado garantizarán de este modo esta finalidad espiritual de predicar la palabra y celebrar los sacramentos, tal como propone el escrito reformado²⁴. Ratzinger se muestra de este modo escéptico respecto a un intenso clima de discusión y reivindicación en la Iglesia, en el que los laicos querían ocupar lugar en los presbíteros (y viceversa), pues «nadie se convierte en deportista por mucho que forme parte del comité olímpico»²⁵, afirma con cierta ironía. Se remite por el contrario en primer lugar a los conceptos de fraternidad, que él funda en la filiación al Padre en

²³ ¿Democracia en la Iglesia?, o.c., 27-28.

²⁴ El modelo de Iglesia propuesto por Ratzinger vuelve a ser el de la asamblea litúrgica, como su «forma primera y fundamental», tal como afirmaba Ratzinger ya en 1965. A la vez, cada comunidad tiene sentido pleno y eclesial –es Iglesia– en la medida en que está unida a la Iglesia universal. Así, por ejemplo, en la provisión de cargos se deberían tener en cuenta tanto la comunidad concreta como la Iglesia universal (cf. *Ibidem*, 54-60). También la colegialidad es entendida como una estructura fundamental de la Iglesia: «la comunidad, el presbiterado y el episcopado están enlazados entre sí y cada uno de ellos relacionado de un modo especial por ambos lados hacia el otro»; Cf., *Ibidem*, 60. En cada una de estas instancias se da a su vez una responsabilidad propia respecto al evangelio y se dirige al resto del pueblo de Dios, que procede de los mismos apóstoles. De este modo, Ratzinger propone la conjugación del *nihil sine episcopo* con el *nihil sine consilio vestro* –referido a los sacerdotes– y *sine consensu plebis*, propuesto por san Cipriano (Cf., Ep 14,4: CSEL III 2,512, 16-20). La Iglesia se ha apoyado en la voz del pueblo, también para sustraerse del poder de los príncipes y los poderosos, así como hoy de los políticos, intelectuales y distintos grupos de presión; Cf., J. RATZINGER - H. MAIER, *¿Democracia en la Iglesia?*, o.c., 62-65.

Por eso la idea de la Iglesia entendida como un sínodo nacional permanente se le presenta a Ratzinger como una traslación trasnochada de conceptos que proceden de instancias extrateológicas. El resultado final sería –como a veces ocurre en la vida política– el dominio de las minorías más activas (cf. *Ibidem*, 42-45). Todo lo anterior lleva consigo una serie de consecuencias para la Iglesia, afirma. En primer lugar: «la delimitación del radio de acción de la autoridad eclesial». Los límites se encuentran circunscritos por el credo y el evangelio. De este modo, la Iglesia no ha de comprometerse de modo innecesario con estructuras auxiliares, ni creer que debe gobernarse por un sistema de partidos; Cf., *Ibidem*, 51-53. En segundo lugar, recuerda que «en la Iglesia no se da únicamente la jerarquía por una parte y los numerosos fieles por otra –con cada parte con sus propios derechos–, sino que la Iglesia como tal, concretada en cada una de las comunidades, es el sujeto propio del derecho al que se remite todo lo demás»; Cf., *Ibidem*, 54.

²⁵ *Ibidem*, 29.

Jesucristo, de carisma como «principio pneumático» –y no democrático o político– y del pueblo de Dios, entendido no sólo como la igualdad de todos los bautizados, sino como la asamblea de los cristianos para celebrar el recuerdo de la muerte y la resurrección del Señor. La Iglesia es *ekklesia*, no un simple *laos*: «La Iglesia tiene su modelo de constitución en esa asamblea conmemorativa, y no en cualquier idea o concepción de pueblo»²⁶. Se trata de seguir el modelo del concilio de Jerusalén: fue escuchada la voz de toda la *ekklesia*, pero la decisión correspondió a «los apóstoles y los presbíteros» (Hch 15,6; 15,22)²⁷.

Por otra parte, junto a lo mencionado sobre el principio de colegialidad, también se expresará Ratzinger sobre el principio de la sinodalidad en 1985²⁸. En un artículo en el que estudia la posibilidad de si podría existir un «sínodo permanente» en la Iglesia, en el que se conjuguen los principios colegial y primacial. El sínodo de los obispos establecido por Pablo VI podría ser una ayuda en este sentido, se venía diciendo. Sin embargo, hemos visto que esta visión de la Iglesia como constante *concilium* no está muy de acuerdo con la perspectiva ratzingeriana; recuerda así al mismo tiempo que: «el sínodo aconseja al papa: no es un concilio a escala reducida, ni tampoco un órgano de gobierno colegial de la Iglesia en su conjunto»²⁹. Este colabora –explicaba– a la unidad orgánica en la catolicidad que se hace presente entre el papa y los obispos, lo cual presenta su concreción en procesos consultivos y, cuando el papa así lo dispone, también deliberativos³⁰. La realidad decisiva que aquí se encuentra en la base es, pues, el carácter indelegable del cargo que mira a la Iglesia universal: encargo que es propio del propio colegio episcopal únicamente en su conjunto y como unidad³¹.

²⁶ Ibidem, 39.

²⁷ Cf. Ibidem, 40-41.

²⁸ Cf. "Sobre la estructura y los cometidos del Sínodo episcopal", *Iglesia, ecumenismo y política. Nuevos ensayos de eclesiología*, BAC, Madrid 1987, 55-73.

²⁹ Ibidem, 55.

³⁰ Cf. Ibidem, 57-59.

³¹ Sobre la teología del sínodo puede verse: M. H. HEIM, *Joseph Ratzinger. Life in the Church and living theology*, o.c., 482-493. El sentido esencialmente eclesiológico del colegio no consiste en formar un gobierno central de la Iglesia, sino exactamente en lo contrario: en que la Iglesia ayude a construirlo como un organismo viviente, que crece y se unifica en células vivientes. Al guiar sus Iglesias locales, los obispos participan en el gobierno de la Iglesia universal. No es por tanto de otro modo: «La superación de un centralismo unilate-

De esta manera –recapitulaba a su vez– la Iglesia se edifica desde dentro como un organismo de Iglesias locales que se unen por medio de la comunión en la palabra y los sacramentos, especialmente del cuerpo eucarístico del Señor. La Iglesia es esencialmente comunión con la Trinidad y entre nosotros, a cuya cabeza están los apóstoles y sus sucesores. «Al estar la Iglesia estructurada de este modo, no se halla gobernada por un parlamento central o por un senado aristocrático, ni siquiera por un jefe monárquico, sino que ha sido confiada a los obispos, los cuales: a) guían la Iglesia católica y, por tanto, a la Iglesia universal en su Iglesia local y b) por esta razón, las Iglesias particulares se dirigen hacia la única catolicidad sin competir entre sí, sino vinculadas de modo recíproco»³². De esta forma, sugería Ratzinger que se evitara todo excesivo activismo que impida la guía de la Iglesia por parte del Espíritu. Las funciones del sínodo serán las de «informar, corregir, anticipar» dentro de la dinámica colegial de origen apostólico. Así: «el sínodo debe estimular y reforzar las energías positivas dentro y fuera de la Iglesia, promover todas aquellas actividades que acrecienten la verdad y el amor, y mantener viva la esperanza»³³.

El primado de Pedro

Hemos hablado ya de la interacción, en el pensamiento eclesiológico de Ratzinger, entre primado y colegialidad, entre el ministerio petrino y el

ral debe proceder [...] no mediante la concentración del todo en el centro, sino mediante la íntima bipolaridad de la esencia de la Iglesia. Esta esencia consiste en la correlación de la potestad suprema del primado –que expresa la unidad de la Iglesia en la pluralidad– con la pluralidad viviente de las Iglesias particulares, cada uno de cuyos obispos son *episcopi Ecclesiae catholicae*, pues, en su Iglesia, guía a la Iglesia *católica*, y la guía en cuanto *católica*; Cf., “Sobre la estructura y los cometidos del Sínodo episcopal”, pp. 61-62). Por un lado, el dar demasiadas prerrogativas al sínodo –como la continua potestad deliberativa– equivaldría a convertirlo en «una segunda curia romana». Además, el obispo no puede ausentarse de su Iglesia local, hasta el punto de convertirse en «delegado de un órgano central». «En otras palabras: los obispos siguen siendo obispos responsables de sus Iglesias particulares» (Ibidem, 64). De este modo se intenta reforzar la autoridad pastoral de cada obispo en su diócesis. Así, «el concepto de *collegium*, que señala el aspecto jerárquico de la Iglesia, presupone la realidad de la *communio* como forma y fundamento vital y constitutivo de la Iglesia»; Cf., Ibidem, 65-66.

³² Ibidem, 66.

³³ Ibidem, 72-73. Sobre la realidad del amor en la Iglesia, puede verse: “Liebe. Geschichte der Theologie”, en: *LTK VI* (1961) 1032-1036; También, *Origine e natura della Chiesa*, o.c., 242-246, y la aportación de S. MADRIGAL, *Iglesia es caritas?*, o.c., 459-489.

ministerio episcopal. La teología del episcopado volverá a aparecer en sus escritos. En una de las conferencias pronunciadas en Brasil en 1990 sobre la tarea del obispo, comenzaba el cardenal prefecto por hacer una vez más una serie de reflexiones a partir de la eclesiología eucarística. Como se había afirmado con anterioridad: «una Iglesia eucarística es una Iglesia constituida sobre el obispo»³⁴. El redescubrimiento del carácter eucarístico de la Iglesia ha llevado recientemente a acentuar con fuerza el principio de la Iglesia local. Además, la eclesiología protestante suele fundar la comunidad en la Palabra, según el *logion* de Jesús en Mt 18,20: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Por eso esta Iglesia fundada “desde abajo” no expresa del todo el sentido episcopal y ni la voluntad fundacional del mismo Cristo: «La Iglesia se convierte en grupo, que se mantiene unido por su consenso interior, mientras que su dimensión católica se agrieta»³⁵. Aquí se hace presente en parte la crítica de Ratzinger a la eclesiología reformada, sin que esto excluya la posibilidad de acercamientos y matizaciones posteriores³⁶.

El servicio a la unidad del ministerio petrino ofrece así sus ventajas y garantías: «Sólo dentro del marco de la eclesiología eucarística –había escrito en 1964–, puede entenderse el primado del obispo de Roma en coherencia con su propio sentido»³⁷. Veámos también cómo, en los temas del primado y la colegialidad, la dimensión apostólica de la Iglesia ha supuesto una constante en la eclesiología ratzingeriana. El obispo de Roma, es decir, de la *sede sancti Petri*, es el centro de orientación determinante en la uni-

³⁴ *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, Ediciones Paulinas, Madrid 1992, 47. Puede verse también “Primat”, en: *LThK VIII* (1963) 761-763.

³⁵ *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, o.c., 49.

³⁶ Cf. “Kirche”, o.c., 179; “Il primato di Pietro e l’unità della Chiesa”, *Euntes Docete* 44 (1991) 157-176; “Vorwort” en: J. B. D’ONORIO, *Le pape et le gouvernement de l’Église*, Paris 1992, 9-10; Z. GACZYNSKI, *L’ecclesiologia eucaristica di Yves Congar, di Joseph Ratzinger e di Bruno Forte*, o.c., 129-130; P. MARTUCCELLI, “Episcopato e primato nel pensiero di Joseph Ratzinger”, *Rassegna di Teologia* 48 (2007) 501-548; S. MADRIGAL, *Iglesia es caritas?*, o.c., 76-78, 156-176, 223-248, 435-450; H. J. POTTMEYER, “Primado y colegialidad episcopal en la eclesiología eucarística de la *communio* de Joseph Ratzinger”, o.c., 171-201.

³⁷ “Zeichen unter den Völkern”, 462. En esta discusión, surgen en las páginas de Ratzinger resonancias a conocidas obras como: P. EVDOKIMOV, *L’orthodoxie*, Paris 1959; N. AFANASIEFF, *La primauté de Pierre dans l’église orthodoxe*, Neuchâtel 1960; O. SAIER, «Communio», in: *Der Lehre des Zweiten Vatikanischen Konzils*, München 1973; J.M. TILLARD, *L’ecclesiologie de communion*, Paris 1987.

dad de la comunión³⁸. Ratzinger acude a la importancia del principio apostólico, que va íntimamente unido al de la catolicidad y la universalidad de la Iglesia: «El apóstol no es obispo de una sola comunidad, sino misionero de la Iglesia entera»³⁹. La solicitud por todas las Iglesias forma parte esencial de su ministerio episcopal: «La pertenencia a la comunión en cuanto pertenencia a la Iglesia es por su naturaleza universal. El que pertenece a una Iglesia local pertenece a todas»⁴⁰. El obispo sirve de nexo con toda la Iglesia: mantiene relaciones con otros obispos, encarnando así el principio apostólico, y al estar unido con toda la Iglesia refuerza el principio católico. Incluso en la antigüedad los obispos elegidos en un sínodo necesitaban la aprobación de Roma y Constantinopla, estableciéndose así una articulación en la *communio* universal⁴¹: «Por consiguiente, la catolicidad de un obispo pertenece al principio de vecindad y viva relación con Roma, que a su vez consiste en dar y recibir la gran comunión de la única Iglesia»⁴². La romanidad es también una dimensión del ministerio episcopal: «Roma encarna la verdadera *communio*»⁴³, había concluido ya en 1964.

El primado de Pedro constituye así una señal de verdadera identidad eclesial. El cardenal Ratzinger abordaba la cuestión del primado y de la

³⁸ Cf. Z. GACZYNSKI, *L'ecclesiologia eucaristica di Yves Congar*, di Joseph Ratzinger e di Bruno Forte, o.c., 129.

³⁹ *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, o.c., 50.

⁴⁰ *Ibidem*, 52.

⁴¹ Cf. *Ibidem*, 53-55; M. VOLK, *The Church as communio of the whole*, o.c., 53-61.

⁴² *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, o.c., 55.

⁴³ «L'idea di Chiesa nel pensiero patristico», en: M. CUMINETTI - F. V. JOHANNES, *La fine de la Chiesa come società perfetta*, Milano 1969, 61. El obispo se encarga, por tanto, de las dimensiones de unidad y de carácter público de su Iglesia local y de toda la Iglesia universal en su territorio, a partir de la unidad en la palabra y en los sacramentos. Debe así cuidar de la dimensión católica y apostólica de la Iglesia local. «La apostolicidad y la catolicidad sirven a la unidad, y sin unidad no hay tampoco santidad, ya que sin amor no hay santidad»; Cf., *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, o.c., 56. Lógicamente, la «premisa fundamental» del ministerio episcopal es la unión con Jesús y el ser testigo de su resurrección. De lo contrario, el obispo se convertiría en «un funcionario», no en un testigo o en un sucesor de los apóstoles. «Ser para Cristo con Dios y, a partir de Cristo, llevar a los hombres a Dios, hacer de ellos la *qahal*, la asamblea de Dios: he aquí la tarea del obispo»; Cf., *Ibidem*, 57. Sin embargo, la pertenencia al colegio episcopal supone ser sucesor del colegio apostólico en general; solo el obispo de Roma es el sucesor de un apóstol determinado. Cada obispo tiene la responsabilidad propia de hacer presente la Iglesia católica en su diócesis, y esta responsabilidad es personal y superior a la de otras estructuras sinodales o supradiocesanas. El obispo ha de insertarse a su vez en el «nosotros» de la Iglesia, tanto en sentido sincrónico como diacrónico. «Ser heraldo de la mayoría diacrónica,

unidad de la Iglesia a partir de los textos bíblicos⁴⁴. Se ocupó en primer lugar de lo dicho sobre el ministerio en Mt 16,17-19, y sobre el origen jesuano y el transfondo arameico de estas palabras⁴⁵, relacionado con el poder de «atar y desatar» entregado por el Señor a los apóstoles: «En el centro mismo del nuevo ministerio, que quita energías a las fuerzas de la destrucción, está la gracia del perdón. Esta es la que constituye la Iglesia. La Iglesia está fundada en el perdón. Pedro mismo presenta en su propia persona este hecho: el que ha caído en la tentación, ha confesado y recibido el perdón y puede ser el depositario de las llaves»⁴⁶. Tras este recorrido exegético e histórico, el prefecto llegaba a la conclusión de que el primado romano no es una invención de los papas, sino un elemento esencial de la unidad de la Iglesia: un ministerio de unidad que se remonta al mismo Señor y que se desarrolló con toda fidelidad en la Iglesia naciente. El nuevo testamento nos muestra algo más que los aspectos formales de su estructura; nos muestra su esencia íntima: «Nos indica la tensión entre [Pedro entendido como] roca y la piedra de escándalo; justamente en la desproporción entre

de la voz de la Iglesia que unifica los tiempos, es uno de los grandes cometidos del obispo, que desciende de aquel “nosotros” que caracteriza a su ministerio. [...] El obispo representa ante la Iglesia local a la Iglesia universal, y ante la Iglesia universal a la Iglesia local; por tanto, sirve a la unidad»; *Ibidem*, 59. Por último, alude Ratzinger no sólo al compromiso de la Iglesia respecto al mundo, sino también a una cercanía a la cruz de Cristo. «Sin la disponibilidad al sufrimiento no es posible consagrarse a esta misión. Así, el obispo se encuentra precisamente en comunión con el Señor; así sabe que es “servidor de vuestra alegría” (2 Co 1,24)»; *Ibidem*, 61. «Si se une la eclesiología eucarística –señala Volk– con la idea de Iglesia universal, entonces la prioridad de la Iglesia resulta ineludible. Pues el “Cristo total”, *caput et membra*, está al mismo tiempo presente en cada Iglesia local. Cada Iglesia local no es otra cosa que la realización de la Iglesia universal» en un determinado lugar; Cf., M. VOLK, *The Church as communio of the whole*, o.c., 46. De modo análogo, el primado y la colegialidad episcopal –derivados ambos de la apostolicidad– se resolverían en el seno del misterio eucarístico.

⁴⁴ Cf., “El primado y la unidad de la Iglesia”, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, o.c., 27-44. Realizaba así una serie de acercamientos exegéticos, en el que sitúa la misión de Pedro en la tradición neotestamentaria –el primer testigo de la resurrección del Señor (cf. 1 Co 15,3-7)– al que Pablo va a ver en Jerusalén (cf. Ga 1,18), y al que Juan (21,15-19) y Lucas (22,32) consideran también cabeza de la Iglesia (cf. *Ibidem*, 28-31). En la tradición sinóptica, también ocupa un lugar destacado y prioritario (cf. *Ibidem*, 31-33).

⁴⁵ Cf. *Ibidem*, 33-35.

⁴⁶ *Ibidem*, 38. Tras esto se refiere al concepto de la continuidad entre los apóstoles. «La contraseña de la continuidad de la sucesión apostólica se concentra en las tres sedes petrinas de Roma, Antioquía y Alejandría, siendo Roma –como lugar del martirio– la preeminente de las tres sedes petrinas, la verdaderamente decisiva»; *Ibidem*, 41).

capacidad humana y disposición divina, Dios se da a conocer como el que está verdaderamente presente y operante»⁴⁷.

3. Sacerdocio

Veamos por último lo que el teólogo bávaro afirma sobre el sacerdocio ministerial, siempre al servicio del sacerdocio común o bautismal de todos los fieles. En directa continuidad con la anterior apostolicidad, el profesor Ratzinger se ocupó por extenso de la importancia del ministerio sacerdotal en la Iglesia. En un artículo publicado inicialmente en 1961⁴⁸, abordaba la cuestión del ministerio en relación con la unidad de la Iglesia y, en especial, con la teología luterana. Recordaba de nuevo ahí cómo, junto a la definición de Iglesia propuesta por la *Confessio augustana* como la asamblea en la que se predica la palabra y se administran los sacramentos, la Iglesia católica añade un tercer elemento: el ministerio⁴⁹. Son pues estos tres elementos irrenunciables e inseparables. Para los protestantes: «el criterio para la presencia de la Iglesia no es el ministerio, sino la “rectitud del evangelio”»⁵⁰. La *ekklesia* vive de la palabra y del cuerpo de Cristo, a la vez que –para los católicos– el grupo de los Doce resulta esencial para definir la Iglesia, en el que Pedro y Pablo desempeñan unas tareas específicas y complementarias: el primero como cabeza, el segundo como predicador de la Palabra, si bien ambas dimensiones están íntimamente unidas⁵¹. Más

⁴⁷ Ibidem, 43; Cf. T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, o.c., 121-129; C. OHLY, “¿El partido de Cristo o la Iglesia de Jesucristo?”, en: L. JIMÉNEZ (ed.), *Introducción a la teología de Benedicto XVI / actas del Ciclo organizado por el Seminario de Pensamiento “Ángel González Álvarez” de la Fundación Universitaria Española los días 21, 22 y 23 de marzo de 2007*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2008, 134-135.

⁴⁸ “Das Amt und die Einheit der Kirche”, *Una Sancta* 16 (1961) 236-249. Puede verse también: “Das geistliche Amt und die Einheit der Kirche”, en: J. C. HAMPE (Hg.), *Die Autorität der Kirche II*, Reinhardt, München 1967, 417-433, *JRGS* 12, 51-69. Tr. cast.: *El nuevo pueblo de Dios*, 119-135.

⁴⁹ Ibidem, 119.

⁵⁰ Ibidem, 120.

⁵¹ Ibidem, 124-127. Sobre la teología del ministerio y su lugar eclesiológico, puede verse: D. DONOVAN, J. Ratzinger: a christocentric Emphasis, *What are they saying about the ministerial priesthood?*, Paulist Press, Mahwah 1992, 60-73; T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, o.c., 140-145, 166-167; S. MADRIGAL, *Iglesia es caritas?*, o.c., 211-222.

adelante el profesor Ratzinger seguirá profundizando a lo largo de los años en esta teología del ministerio, pero ocupémonos ahora en primer lugar de esta dimensión esencial del ejercicio del ministerio: el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos⁵².

La palabra y los sacramentos

De modo parecido, en un artículo de 1968 titulado *El sentido del ministerio sacerdotal*⁵³, el profesor entonces en Tubinga se preguntaba sobre la identidad del sacerdote tras el concilio. Aludía ahí a la postura que proponía la superación de la visión sacral y ritualista del sacerdocio, el cual tan solo se dirigía al culto y requería una posterior desmitificación (*Entmythisierung*). Para esto se precisa volver al papel desempeñado entre los

⁵² Así, recuerda que desde finales del siglo I se define el ministerio a la vez como «servicio a la palabra», «servicio a la mesa» y «servicio de orden»; Cf., *El nuevo pueblo de Dios*, o.c., 127-128. Por otra parte, el ministerio de Pedro se desarrolla como vínculo entre los dos grandes grupos de cristianos en la época apostólica: los gentiles evangelizados por Pablo –con sus obispos y diáconos– y los judeocristianos guiados por Santiago, que tenían tan sólo presbíteros. Más adelante éstos se unirán en los tres grados del ministerio desde finales de la época apostólica; Cf., *Ibidem*, 129-130. La apostolicidad de la Iglesia estaría de este modo unida a la instancia del ministerio. De este modo, «oficio y unidad están íntimamente relacionados en cuanto que, fuera del contexto apostólico, no puede existir la Iglesia; la unidad eclesial está más bien ligada a la unidad de la autoridad apostólica»; Cf., *Ibidem*, 131. Puede verse también: “Il ministero e la vita dei presbiteri”, *Studi Cattolici* 423 (1996) 324-332. Aludía después el profesor de Bonn al desarrollo de la colegialidad episcopal en los siglos posteriores a la Iglesia antigua, tal como la había entendido el concilio Vaticano II. «Al revés de lo que sucedió en oriente, se dio también un predominio de la dimensión vertical por la centralización de la totalidad en torno al obispo de Roma, lo cual dejó apenas espacio para la dimensión horizontal»; Cf., *El nuevo pueblo de Dios*, o.c., 133. Frente a la propuesta luterana de separar la Palabra de la Iglesia y del ministerio, los católicos sostienen que hay una mutua vinculación. «De los tres componentes –Palabra, sacramento, ministerio–, el tercero tiene un carácter distinto respecto a los dos primeros. Los dos primeros fundan la unidad, el tercero la atestigua» (*Ibidem*, 135). Sin embargo, recordaba también Ratzinger que la presencia de este elemento visible no nos debe hacer olvidar el principal protagonista en la Iglesia: el Espíritu. Como decía Congar, no hay que confundir la acción del Espíritu Santo con el funcionamiento del aparato eclesial; *Ibidem*, 135-136. Sobre este tema, puede verse también la exposición de: Z. GACZYNSKI, *L'ecclesiologia eucaristica di Yves Congar, di Joseph Ratzinger e di Bruno Forte*, o.c., 124-126; S. MADRIGAL, *Iglesia es caritas*, o.c., 419-434; M. M. SURD, *Ekklesiologie und Ökumenismus bei Joseph Ratzinger*, o.c., 45-52. El Espíritu cuenta con el principio divino-humano del ministerio.

⁵³ “Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes”, *Geist und Leben* 41 (1968) 347-376; Después en: *JRGS* 12, 350-385.

primeros cristianos por el sacerdote, el cual –siguiendo la *Epístola a los hebreos*– supone el fin del culto de la antigua alianza⁵⁴. Nos encontramos pues ante un «nuevo inicio» del ministerio, que hunde «sus raíces en la cristología», a la vez que busca nuevas palabras para designar esa nueva imagen del ministerio: apóstol, presbítero, supervisor, siervo. Queda pues clara la exclusividad del sacerdocio de Cristo: el que se ha hecho hombre y ha entregado su vida por amor debe ser considerado como el verdadero Sacerdote, como el verdadero Sacerdocio para el mundo: «Tras la novedad del nuevo testamento no existe en la Iglesia de Jesucristo ningún otro *hie-reus*, ningún otro *sacerdos*»⁵⁵.

Así, Cristo cumple una misión, aunque sea él mismo quien se llama a desarrollar ese cometido (cf. Hb 5,4s.), a la vez que sabe que él mismo es la Palabra, el Logos eterno del Padre⁵⁶. El mandato apostólico de Mc 3,13-19 es una primera convocatoria para establecer el ministerio de la nueva alianza: corresponde a una llamada por su voluntad, por la voluntad de Cristo⁵⁷. Tras esto el profesor Ratzinger comentaba el Decreto conciliar *Presbyterorum ordinis*, al que considera oportuno traer a la memoria en una época en que la teología del ministerio había tomado otras direcciones. En él se aprecia esa íntima unidad entre ministerio de la Palabra, ministerio cultural y servicio a los demás (*Lehramt, Priesteramt, Hirtenamt*), tal como lo

⁵⁴ Cf. *Ibidem*, 348-349.

⁵⁵ *Ibidem*, 351. Cf. M. H. HEIM, Joseph Ratzinger. *Life in the Church and living theology*, o.c., 346-357.

⁵⁶ Cf. “Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes”, o.c., 352-353.

⁵⁷ Cf. *Ibidem*, 353. Por eso el ministerio no responde tanto a nuestra voluntad, sino sobre todo al escuchar, al acoger esa llamada y esa convocatoria divinas. «El ministerio solo puede existir en este diálogo de llamada y respuesta (*Ruf und Antwort*). No pertenecen a esta estructura “la carne y la sangre”, sino la palabra y la respuesta (*Wort und Antwort*)»; Cf., *Ibidem*, 354. Por otra parte, el ministerio se desarrolla entre la unión con Cristo y la misión *ad gentes* (*das Gesendetsein*). La llamada de Jesús se concentra en ser enviados a todas las gentes, y por eso se constituye en un «servicio a los hombres»; Cf., *Ibidem*, 355-356. Al mismo tiempo, la función litúrgica del ministerio se establece como uno de sus elementos centrales: la predicación y la celebración de la muerte y resurrección del Señor constituye a la Iglesia en un solo cuerpo; Cf., *Ibidem*, 356-357. «La tarea litúrgica del sacerdote y la mencionada comprensión “misionera” no se excluyen, sino que se complementan mutuamente»; Cf., *Ibidem*, 357. El fundamento se encuentra de nuevo en Cristo, en su simultáneo ser-para-el-Padre y su ser-para-nosotros. Por eso se ha de entender en profundidad la «función vicaria» del ministerio, en el que se da una «estructura vicaria». «El sacerdote cristiano no es nunca un mediador por sí mismo (*selbständiger Mittler*); no está ahí nunca por sí mismo, permanece como alguien vicario»; Cf., *Ibidem*, 358.

habían vivido ya los primeros cristianos⁵⁸. Se insiste sin embargo aquí en la importancia de la proclamación de la Palabra, tal vez para compensar el relativo olvido en algunas teologías más centradas en el aspecto cultural, a la vez recuerda también que esta debe permanecer como la palabra *de Dios*, como verdad completa que procede del evangelio⁵⁹.

Además, Ratzinger entiende la misma celebración eucarística –«centro del ministerio sacerdotal», «centro de la evangelización», recuerda– como el principal lugar y medio de predicación, que a su vez desarrolla en la línea de la eclesiología eucarística. Pan y Palabra se han de encontrar en el centro de la propia existencia sacerdotal, que se desarrolla en cada celebración eucarística. De esta forma, la Eucaristía ocupa un lugar eminente y central en todo su ministerio y de toda la vida de la Iglesia: «La asamblea eucarística (*sinaxis*), que preside el sacerdote, es el punto de encuentro de la comunidad (*congregatio* = asamblea = ¡Iglesia!) de los creyentes»⁶⁰. Por esto también el ministerio desempeña una importante contribución con vistas a la unidad de la Iglesia: unidos a los obispos (la unidad con el episcopado es constitutiva de la Eucaristía), deben conseguir que su comunidad se convierta en Iglesia. La pertenencia a la Iglesia del ministro llevará consigo también su ir-por-delante, su *praesesse*, su *Vorstehen*. El ministro se debe así a Cristo, a la Iglesia y a la comunidad⁶¹.

⁵⁸ Cf. “Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes”, o.c., 361-363.

⁵⁹ Cf. *Ibidem*, 364-365.

⁶⁰ *Ibidem*, 366.

⁶¹ Cf. *Ibidem*, 368; véase también: “Der Priester im Umbruch der Zeit”, *Klerusblatt* 49 (1969) 251-254; después en: *JRGS* 12, 387-401. De este modo la función pastoral será ineludible y de una importancia definitiva, pues con ella imita el ministro al Logos que va en busca de la oveja perdida. Incluso el ministerio litúrgico debe dirigirse al bien prioritario de las almas, de manera que «la palabra llegue a todos»; Cf., “Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes”, o.c., 369-370. De igual manera el ministerio se estructura en torno a la colaboración entre laicos y ministros, que a su vez fundamenta en la doctrina trinitaria de unidad en la diferencia, y la relaciona con la afirmación agustiniana: «para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano». «El ministerio es un concepto relacional. [...] El ministerio es una relación *para vosotros*»; Cf., *Ibidem*, 371. Tras ocuparse de la «ascética» y la espiritualidad sacerdotal –la cruz y el evangelio como su centro– (cf. “Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes”, o.c., 371-373), Ratzinger se refiere a la definitividad (*Unwiderruflichkeit*) del ministerio en un mundo cambiante y en el que parece que nunca se llegan a estadios definitivos. «Así como el matrimonio constituye una elección irrevocable para una persona y sin ella [=esa decisión] nada puede salir adelante, también podría entenderse el ministerio sacerdotal como una disposición para toda la vida»; Cf., *Ibidem*, 374. Del mismo modo alude a la sacramentalidad del ministerio, al entender el ministe-

Abordará también los principios teológicos del sacerdocio ministerial en un artículo de 1972⁶². El profesor Ratzinger se refería allí a la unión entre los conceptos de sacrificio y sacerdocio en la tradición de la Iglesia, pues para él supone ésta un aspecto irrenunciable de la teología sobre el ministerio. Para abordar esta cuestión, procedía a un desarrollo histórico. En la Iglesia antigua, «toda asamblea es totalmente Iglesia, puesto que el cuerpo del Señor sólo existe entero», con lo que se acude aquí a los desarrollos de la eclesiología eucarística y de comunión ya vistos⁶³. Tomando pie de la crítica al sacerdocio formulada por Lutero y profundizada después por Trento, así de los frutos espirituales que este modo de ejercer el ministerio ha dado a lo largo de la historia, Ratzinger proponía –después de haber considerado ambas perspectivas– un modelo de ministro que miraba a la vez a los orígenes y al futuro de la Iglesia: «La humanidad no necesita sacerdotes que disputen por sus derechos y su emancipación pero que, en realidad, tan solo se apacientan a sí mismos. Lo que necesita son “servidores de las catedrales”, cuya existencia pura y desinteresada hace a Dios creíble y, por eso, hace también creíbles a los hombres. Este es el estrecho camino que nos señalan tanto los interrogantes de los hombres de la reflexión como la palabra de la Biblia»⁶⁴.

rio como «un sacramento eclesial y cristológico, el cual significa un sacramento en el que Cristo sella una alianza entre Dios y los hombres»; Cf., *Ibidem*, 376; Cf., T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, o.c., 311-313; M.H. HEIM, *Joseph Ratzinger. Life in the Church and living theology*, o.c., 442-443.

⁶² “Opfer, Sakrament und Priestertum in der Entwicklung der Kirche”, *Catholica* 62 (1972) 108-125; después en: *JRGS* 12, 85-105. tr. Cast.: *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona 1985, 303-329.

⁶³ *Ibidem*, 303-304. Realiza entonces un recorrido histórico por la figura del ministro. En la Edad Media, el obispo se limitaba a una función ritual y de gobierno, que se presentaban sin embargo separadas: sacramento y jurisdicción son ámbitos distintos, que en algunas ocasiones se solapaban, a la vez que se desarrolla la doctrina de las indulgencias y los estipendios; Cf., *Ibidem*, 306-307. Frente a esta situación y siguiendo una inspiración agustiniana, Lutero separó la comunidad concreta de la Iglesia universal, proponiendo de este modo un modelo de unidad más espiritual. El reformador alemán criticaba un ministerio que se centraba en la recitación de las horas canónicas y en torno a la institución de la Cena que el Señor les mandó celebrar en su memoria. Por el contrario –según Lutero–, el sacerdocio es sobre todo predicación, con lo que la diferencia con el laico resulta menor. De este modo se obra una desacralización y una funcionalización del ministerio, contra lo cual el mismo Lutero reaccionó en años posteriores, al ver a los límites a los que se estaba llegando; Cf., *Ibidem*, 315-316. Como reacción en ocasiones polémica con la situación anterior, Trento proponía un sacerdocio en el que se destacaba la dimensión sacramental y sacrificial.

⁶⁴ *Ibidem*, 322.

Cristo, apóstoles, ministros

Queda por ver en qué consiste exactamente esta relación entre Cristo, los apóstoles y sus sucesores, los obispos, y sus colaboradores representados en la persona de los presbíteros. En una ponencia de 1972 en la que profundizaba sobre el papel de intermediario y servidor de Cristo por parte del ministro, se centraba Ratzinger en el concepto neotestamentario de «mediador», a pesar de ser este un término más bien marginal y de no tener un significado unitario: a veces presenta una acepción negativa (Ga) y otras positiva (Hb, Tim)⁶⁵. De todo lo anterior «se concluye que ahora la Iglesia, en cuanto es “una con Cristo”, participa de la mediación de Cristo. Es mediación de Dios porque es la forma bajo la que Cristo prolonga su presencia actual en la historia. La íntima compenetración entre cristología y eclesiología permite ampliar el concepto de mediación, sin lesionar la singularidad de la mediación de Cristo»⁶⁶. De manera que toda mediación –por supuesto, también la del sacerdote– procede de Cristo, a través de la encarnación y del misterio pascual. Tras esto se ocupaba nuestro teólogo del ministerio del apostolado en el nuevo testamento, bajo el interrogante: ¿qué relación existe entre el apóstol y Cristo? «El apostolado se perfila así como un ministerio con fundamentación cristológica: si la misión implica ser representación y, por tanto, también mediación del que envía, entonces es indudable que este ministerio central de la Iglesia en formación tiene el carácter de servicio de mediación»⁶⁷. Joseph Ratzinger intentaba así dis-

⁶⁵ Cf., *Ibidem*, 325-329.

⁶⁶ *Ibidem*, 329.

⁶⁷ *Ibidem*, 330-331. Cf. S. MADRIGAL, *Iglesia es caritas*, o.c., 425-427; C. ROSELL DE ALMEIDA, “La espiritualidad sacerdotal en el pensamiento de Joseph Ratzinger”, o.c., 287-310; T. P. RAUSCH, *Pope Benedict XVI. An introduction to his theological vision*, o.c., 111-113. Tras la mediación de Cristo, viene de modo inmediato la misión de los apóstoles. Los restantes ministerios eclesiales aparecerán con bastante más discreción en los textos neotestamentarios. Sin embargo, se puede deducir que el ministerio de los presbíteros procede del Espíritu (Hch 20,28) y a partir de la sucesión apostólica (Hch 20,17ss.), mientras que el *epískopos* es el que vigila ese rebaño (Hch 20,25-31). De este modo se encuentran íntimamente unidos la mediación de Cristo, el ministerio apostólico y el presbiteral; Cf., *Teoría de los principios teológicos*, 333-338. Así, según la teología paulina, el sacerdote es sólo mediador en tanto en cuanto es servidor de Cristo; Cf; *Ibidem*, 339. El primado de la cristología trae consigo que no se requieran ministros santos para hacer eficaz la gracia de Cristo; Cf., *Ibidem*, 341. Un adecuado cristocentrismo evita así todo posible clericalismo, podría resumirse en términos familiares a los luteranos. «El sacerdote malogra su misión cuando intenta dejar

cernir y profundizar en la figura del ministro, según las directrices conciliares y posconciliares. En un comentario a la declaración de la Congregación de la doctrina de la fe titulada *Mysterium Ecclesiae* (1973) sobre la doctrina católica acerca de la Iglesia, el entonces profesor en Ratisbona recordaba los aspectos esenciales de la Esposa de Cristo: «Esta Iglesia una y única, al mismo tiempo espiritual y visible, es tan concreta que puede llamarse por su mismo nombre: “Esta Iglesia permanece en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él”»⁶⁸. Ratzinger lamenta aquí el olvido en que ha caído la doctrina eclesiológica del Vaticano II, y denuncia el peligro de que el ecumenismo quede reducido a un puro juego superficial de intereses más o menos bienintencionados, pero en los que la verdad y el amor no jueguen ningún papel decisivo. Por eso se requiere ir a lo esencial de la cuestión debatida⁶⁹. La representación del apóstol tiene así su única fundamentación en Cristo, por lo que hemos de considerar las mediaciones necesarias en la Iglesia, los sacramentos y el ministerio.

En otra intervención de 1976 sobre el ministerio como expresión de la tradición apostólica, el profesor Ratzinger comenzaba por describir la doctrina sobre el sacerdocio recordada por Pío XII⁷⁰, en la que establecía que

de ser servidor, enviado que sabe que no es de él de lo que se trata, sino de aquello que también él recibe y que sólo puede tener en cuanto recibido. Sólo en la medida en que es consciente de ser insignificante puede ser verdaderamente importante, porque así se convierte en puerta por la que el Señor entra en este mundo. Puerta de entrada de aquel que es el mediador verdadero hacia la profunda inmediatez del amor eterno»; Cf., *Ibidem*, 343.

⁶⁸ Teoría de los principios teológicos, o.c., 278.

⁶⁹ Cf., *Ibidem*, 280-281. También afirma que este documento presenta «fórmulas muy hermosas sobre el sacramento y la palabra en el ministerio sacerdotal, sobre el carácter trinitario de la Eucaristía y sobre la Eucaristía como realización de la comunidad eclesial. Causaron escándalo tres afirmaciones centrales [en ámbito ecuménico]: el sacerdocio está vinculado a la sucesión apostólica, tal como aparece en la secuencia de los obispos unidos a los sacerdotes; la presidencia de la Eucaristía y, por tanto, la misión de pronunciar las palabras sagradas del sacramento está indisoluble y exclusivamente vinculada al ministerio sacerdotal; el don sacramental de este ministerio permanece durante toda la vida»; Cf., *Ibidem*, 284. Sin embargo, se apela aquí a la concordancia de esta doctrina no sólo con las Iglesias ortodoxas, sino también con las no calcedonianas. Es este también el servicio –fundamentado en la Biblia– de los servidores de la palabra: avivar la memoria, [pues] han sido llamados para esto. En un primer momento, el recuerdo puede parecer molesto, y la verdad un estorbo. «Pero los progresos que se deben al olvido son engañosos, y una unidad a la que la verdad le resulta molesta es, a la larga, insostenible. Puede criticarse el texto romano en algunos detalles concretos. Pero, en su conjunto, ha rendido un servicio necesario»; Cf., *Ibidem*, 286.

⁷⁰ Constitución apostólica *Sacramentum ordinis* (30.11.1947): DS 3857-3861.

el acto fundamental de la ordenación es la imposición de manos, en lugar del gesto germánico de la *traditio instrumentorum*. No consiste sin más en una renovación ritual, sino que se trata más bien de subrayar un poder que procede del Espíritu, y no tan solo de una *potestas* inherente al ministerio del obispo⁷¹: «Según esto, el concepto determinante es el de *ministerium* o respectivamente el de *munus*: don y ministerio»⁷². Don, misterio y ministerio –servicio– se encuentran así íntimamente unidos en el centro de la identidad sacerdotal. Además, el texto pontificio consideraba el episcopado como la cumbre y el mayor grado del sacramento del orden, lo cual mostraba su clara cercanía con la posterior doctrina conciliar –recordaba Ratzinger–, a la vez que proponía de nuevo una complementariedad entre episcopado y presbiterado, fundamentada a su vez en una misma base sacramental. Es decir, en un mismo sacramento, recibido en distintos grados⁷³.

En fin, de este modo se unen inseparablemente la apostolicidad, el episcopado y el presbiterado, junto a la común radicación de todos ellos en Cristo y en su voluntad fundacional. El cardenal Ratzinger ofrecía en 1996⁷⁴

⁷¹ Cf. Teoría de los principios teológicos, o.c., 288-289.

⁷² Ibidem, 290.

⁷³ En fin, siguiendo el tercer capítulo de la *Lumen gentium* (n. 20), Ratzinger afirmaba ahora que «los conceptos fundamentales son: misión de los apóstoles, evangelio, tradición y vida de la Iglesia»; Cf., Ibidem, 292). El arranque se sitúa por tanto en la misión de los apóstoles, pero tal misión consiste en la *traditio*, en la «tradición», en la entrega y transmisión del evangelio. Apostolado y tradición evangélica son aspectos de una misma realidad –el aspecto personal y el aspecto objetivo– que forman un todo indivisible. «La apostolicidad y la catolicidad se constituyen de este modo en las características fundamentales del ministerio sacerdotal, el cual es de modo fundamental el del obispo, que a su vez ejercía su ministerio «por la conexión apostólica y la comunión católica»; Cf., Ibidem, 292-293. La ministerialidad en la Iglesia se constituye así en algo inseparable de la tradición, la apostolicidad y la episcopalidad. Así pues, el sacramento del orden es expresión y –al mismo tiempo– garantía de hallarse en comunidad con otros, dentro de la corriente de la tradición que se remonta hasta los orígenes. Encarna la unidad y el origen de la Iglesia. «Esta catolicidad del ministerio episcopal que es, a su vez, el medio y la forma de su apostolicidad, se prolonga en el carácter comunitario del ministerio sacerdotal; ser sacerdote significa entrar en el presbiterio de un obispo»; Cf., Ibidem, 293.

⁷⁴ «Dienst und Leben der Priester», en: M. BRUN - W. SCHNEEMELCHER (Hg.), *Eucharistia. Festschrift für Damaskinos Papanderou*, Metropolit der Schweiz, zum 60. Geburtstag am 23. Februar 1996, Ekdotike Athenon, Athens 1996, 125-137; tr. cast.: *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión, Cristiandad*, Madrid 2004, 95-127. Puede verse también en este sentido, «Vom Wessem des Christentums», *Amtsblatt der Österreichischen Bischofskonferenz* 4 (1990) 7-12, en: *JRGS* 12, 33-50.

lo que podría servir como síntesis de sus ideas sobre el ministerio. Aludía entonces a la fundamentación teológica, tal y como propuso el decreto conciliar *Presbyterorum ordinis*, así como el mencionado equilibrio entre las distintas concepciones existentes en torno al orden sacerdotal⁷⁵. Así, junto a la misión de «anunciar a todos el evangelio», este documento conciliar insiste –según Ratzinger– en «el aspecto ontológico del ser sacerdotal» y, por tanto, en la potestad de «ofrecer el sacrificio eucarístico y administrar los sacramentos». El ministerio no supondrá tan solo una designación funcional, o una elección por parte de la comunidad, sino que consistirá sobre todo en la *exousía-diakonía* recibida en el día de la ordenación. Recordaba así Ratzinger la fundamentación cristológica, ontológico-sacramental y apostólica del orden, pues evangelizar consiste precisamente en imitar a Jesucristo que anuncia el reino con signos y palabras⁷⁶. «El servicio a la Palabra exige del sacerdote la participación en la *kénosis* de Cristo, en el abrirse y en el morir en Cristo»⁷⁷ del que habla Ga 2,20. Esta visión concuerda pues con la teología agustiniana del ministerio, en la que el ministro es *servus Dei* o *servus Christi*, que surge de la teología del carácter y de la sacramentalidad del orden. De aquí procede su representatividad: Cristo es la Palabra, mientras Juan el Bautista –y el ministro– son la «voz»⁷⁸. Así resume Ratzinger la naturaleza y misión del ministerio: «Misión del sacerdote es, en definitiva y sencillamente, ser voz para la Palabra. “Conviene que él crezca y yo mengüe”»⁷⁹.

⁷⁵ Cf. *Convocados en el camino de la fe*, o.c., 59-61.

⁷⁶ Cf. *Ibidem*, 163-164.

⁷⁷ *Ibidem*, 166-167.

⁷⁸ Cf. *Ibidem*, 167-170.

⁷⁹ *Ibidem*, 17; Cf. S. MADRIGAL, *Iglesia es caritas*, o.c., 428-433. Junto a esta matriz cristológica y trinitaria, se refiere Ratzinger a la inseparable dimensión eclesiológica del ministerio, que subraya tanto la materialidad como la comunicabilidad de la naturaleza no solo del hombre, sino sobre todo del Verbo encarnado. Los ministros son *ministri Ecclesiae*. «La obediencia cristológica, contra la que se rebeló el desobediente Adán, se concreta en la “obediencia eclesiástica” y, para los sacerdotes, la obediencia eclesiástica se muestra en la obediencia al obispo»; Cf., *Convocados en el camino de la fe*, o.c., 172. Obedecer a Jesús significa obedecer a su cuerpo, a él en su cuerpo, presente en la Palabra, los sacramentos y la apostolicidad. Tras sugerir una «aplicación espiritual» –«menos discusión y más oración»– el cardenal Ratzinger proponía en fin como conclusión «la unidad mediada cristológicamente entre el antiguo y el nuevo testamento». El ministerio del sacerdote ha de desarrollarse tanto en el templo del sacrificio como en la sinagoga de la predicación, unidos en la Iglesia; Cf., *Ibidem*, 178-179. Aquí confluyen las dos principales visiones del

Bibliografía

- AFANASIEFF, N., *La primauté de Pierre dans l'église orthodoxe*, Ed. Delchaux et Niestlé, Neuchâtel 1960.
- BENEDICTO XVI, "Homilia en la misa crismal", Roma (9.4.2009).
- BENEDICTO XVI, "Discurso a las autoridades y los ciudadanos de Frisinga", Roma (16.10.2010).
- BLANCO SARTO, P., "Sacerdocio y apostolicidad. Notas sobre el ministerio según Joseph Ratzinger", *Scripta theologica* 42/3 (2010) 641-662.
- BRUN, M., SCHNEEMELCHER, G., (HG.), *Eucharisteria. Festschrift für Damaskinos Papanderou, Metropolit der Schweiz, zum 60. Geburtstag am 23. Februar 1996*, Ekdotike Athenon, Athens 1996.
- BOEVE L., MANNION, M., (EDS.), *The Ratzinger Reader: Mapping a Theological Journey*, T&T Clark, London 2010.
- CHÉLINI, J., *Benedicto XVI, heredero del concilio*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2008..
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución apostólica Sacramentum ordinis* (30.11.1947).
- CUMINETTI, M., JOHANNES, F.V., *La fine de la Chiesa come società perfetta*, Milano 1969.
- D'ONORIO, J. B., *Le pape et le gouvernement de l'Église*, Fleurus-Tardy, Paris 1992.
- Derwahl, F., *Der mit dem Fahrrad und der mit dem Alfa kam. Benedikt XVI. Und Hans Küng - ein Doppelportrait*, Pattloch, München 2006.
- DONOVAN, D., "J. Ratzinger: a christocentric Emphasis", *What are they saying about the ministerial priesthood*, Paulist Press, Mahwah 1992.
- EVDOKIMOV, P., *l'orthodoxie*, Neuchâtel, Paris 1959.
- GACZYNSKI, Z., *l'ecclesiologia eucaristica di Yves Congar, di Joseph Ratzinger e di Bruno Forte*, Pontificia Universitas Gregoriana, Roma 1998.
- HAMPE, J.C., (HG.), *Die Autorität der Kirche II*, Reinhardt, München 1967, 417-433; JRGS 12, 51-69. Tr. Cast.: *El nuevo pueblo de Dios*, 119-135.
- HEIM, M. H., *Joseph Ratzinger. Life in the Church and living theology. Fundamentals of Ecclesiology with Reference to Lumen gentium*, Ignatius Press, San Francisco 2007.

ministerio. En fin, siguiendo a san Agustín, sugería el entonces prefecto que, si bien todos los cristianos somos «siervos de Cristo», los ministros serán «siervos de los siervos». «Ser sacerdote significa entrar en esa comunidad de hacerse pequeños, y así participar en la gloria común de salvación»; Cf., *Ibidem*, 180; S. MADRIGAL, *Iglesia es caritas*, o.c., 433-434.

- JIMÉNEZ, I., (ED.), Introducción a la teología de Benedicto XVI / actas del Ciclo organizado por el Seminario de Pensamiento “Ángel González Álvarez” de la Fundación Universitaria Española los días 21, 22 y 23 de marzo de 2007, Fundación Universitaria Española, Madrid 2008.
- JOEST, W., “Das Amt und die Einheit der Kirche”, *Una Sancta* 16 (1961) 236-249.
- MADRIGAL, S., Iglesia es caritas? La eclesiología teológica de Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, Sal Terrae, Santander 2008.
- MARTUCCELLI, P., “Episcopato e primato nel pensiero di Joseph Ratzinger”, *Rassegna di Teologia* 48 (2007) 501-548;
- MARTUCCELLI, P., “Forme concrete di collegialità episcopale nel pensiero di Joseph Ratzinger”, *Rassegna di teologia* 50 (2009) 7-24.
- RATZINGER, J., “Der Priester im Umbruch der Zeit”, *Klerusblatt* 49 (1969) 251-254.
- RATZINGER, J., “Die pastoralen Implikationen der Lehre von der Kollegialität der Bischöfe”, *Concilium* 1 (1965) 16-29.
- RATZINGER, J., “Il ministero e la vita dei presbiteri”, *Studi Cattolici* 423 (1996) 324-332.
- RATZINGER, J., “Il primato di Pietro e l’unità della Chiesa”, *Euntes Docete* 44 (1991) 157-176;
- RATZINGER, J., “Opfer, Sakrament und Priestertum in der Entwicklung der Kirche”, *Catholica* 62 (1972) 108-125.
- RATZINGER, J., Iglesia, ecumenismo y política. Nuevos ensayos de eclesiología, BAC, Madrid 1987.
- RATZINGER, J., “Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes”, *Geist und Leben* 41 (1968) 347-376.
- RATZINGER, J., Diener eurer Freude. Meditationen über die priestliche Spiritualität, Herder, Freiburg 1988.
- RATZINGER, J., *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, Ediciones Paulinas, Madrid 1992.
- RATZINGER, J., *Mi vida. Recuerdos 1927-1977*, Encuentro, Madrid 1997.
- ROSELL DE ALMEIDA, C., “La espiritualidad sacerdotal en el pensamiento de Joseph Ratzinger”, *Revista teológica limense* 43 (2009/3) 287-310.
- SEEWALD, P., *Una vida para la Iglesia*, Palabra, Madrid 2007.
- SURD, M. M., Ekklesiologie und Ökumenismus bei Joseph Ratzinger: Einheit im Glauben - Voraussetzung der Einheit der Christenheit, EOS, Sankt Ottilien 2009.
- TILLARD, J. M., *l’ecclésiologie de communion*, Paris 1987.

TURA, R., “La teologia di J. Ratzinger. Saggio introduttivo”, *Studia Patavina* (1974) 149-150.

VERWEYEN, H., *Joseph Ratzinger – Benedikt XVI. Die Entwicklung seines Denkens*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 2007.

WEIGEL, G., *Testigo de esperanza. Biografía de Juan Pablo II*, Plaza & Janés, Barcelona 1999.

WEILER, T., *Volk Gottes-Leib Christi: die Ekklesiologie Joseph Ratzingers und ihr Einfluß auf das Zweite Vatikanische Konzil*, Grünewald, Mainz 1997.

Artículo recibido el 5 de julio de 2011.

Artículo aceptado el 19 de agosto de 2011.